



# CATALUNYA

---

---

## CATALUÑA NACIÓN

Esta nacionalidad catalana que formula sus demandas, apremiantes y escuetas, ¿será quizás una ficción fabricada por un grupo de políticos catalanes? ¿Será una palabra pomposa y bella con la cual los catalanes, mediterráneos, manifestamos nuestro sentido estético de la política?

Podría alguien creerlo así, si no tuviera historia Cataluña. Tuvo Cataluña, en la Edad Media, un marcadísimo carácter de nación, en el moderno sentido de la palabra. Políticamente, durante el período de su mayor pujanza, fué un Estado de la libre Confederación Catalano-Aragonesa, una parte de una amplia organización política. Pero, en su alma y en su cultura, fué, no una parte, sino un todo: una nación completa y fuerte. La personalidad catalana es de estirpe nacional.

Toda la espléndida cultura catalana de aquellos tiempos, desde Ramón Llull a Francisco Eximenis, tiene un sello nacional innegable. Con razón ha dicho Eugenio d'Ors que las primeras naciones que salieron del caos medioeval fueron Cataluña e Italia, porque en lengua catalana y en lengua italiana habló la ciencia y se formó una cultura, antes que en cualquiera otra de las lenguas neo-latinas. Cataluña tuvo a Llull; Italia tuvo al Dante. Y aun fué primero aquél que éste.

Basta conocer la obra de nuestros reyes por el nacimiento, por la sangre, por la lengua, por el espíritu —desde Jaime I a Martín el Humano— para convencerse del sentido nacional que los inspiraba.

Pero donde el sentimiento nacional catalán aparece más potente y más robusto es en nuestra literatura histórica clásica, en las cuatro Crónicas —la de Jaime I, la de Desclot, la de Muntaner y la de Descoll o de Pedro IV—, a las cuales ha llamado Guimerá "los cuatro evangelios de la nación catalana". Ramón Muntaner, el genial narrador de la expedición catalana a Oriente, es un escritor lleno de espíritu nacional, de patriotismo catalán. Con su prosa, a la vez sobria, ardiente y espléndida, describe las glorias de su raza, proclama el poderío y las grandezas de Cataluña, pondera la extensión de la lengua catalana. El es quien, con un noble orgullo dice que "d'un llenguatge sol, de nengunes gents són tantes com cathalans" (de un solo lenguaje, no hay gentes más numerosas que los catalanes), y quien, para dar idea de la importancia internacional de la Confederación, explica como, ante los preparativos de guerra del rey catalán "tot el món estava amb les ales alçades d'aquest senyor que faria", (todo el mundo estaba "con las alas en alto" en expectación de lo que nuestro rey hiciese).

Para aquellos catalanes, los demás reinos de la península eran simples vecinos, por el mismo título que el reino de Francia. Y a pesar de la unión política con los aragoneses, consideraban a éstos como gentes de otra raza, de otra nación. El sentimiento de la diferenciación era notorio y arraigado.

Más tarde este sentimiento nacional se debilitó, y las características nacionales de Cataluña fueron gradualmente atenuándose. Por el matrimonio de Fernando e Isabel (los Reyes Católicos), Cataluña quedó bajo la órbita de los reyes de España, aunque jurídicamente mantuvo sus instituciones de Estado. Sin embargo, el poder de atracción de la corte extranjera fué el principal agente de la desnacionalización. Cuando, en 1640, Pablo Claris levantaba en armas a los catalanes contra el Rey Felipe IV, las columnas de la nación catalana estaban ya peligrosamente agrietadas. Y lo estaba más aún cuando, en 1714, Barcelona hacía su último esfuerzo en defensa de sus instituciones propias. Vencida en aquella heroica lucha, Felipe V borró hasta el último vestigio de las libertades catalanas.

---